



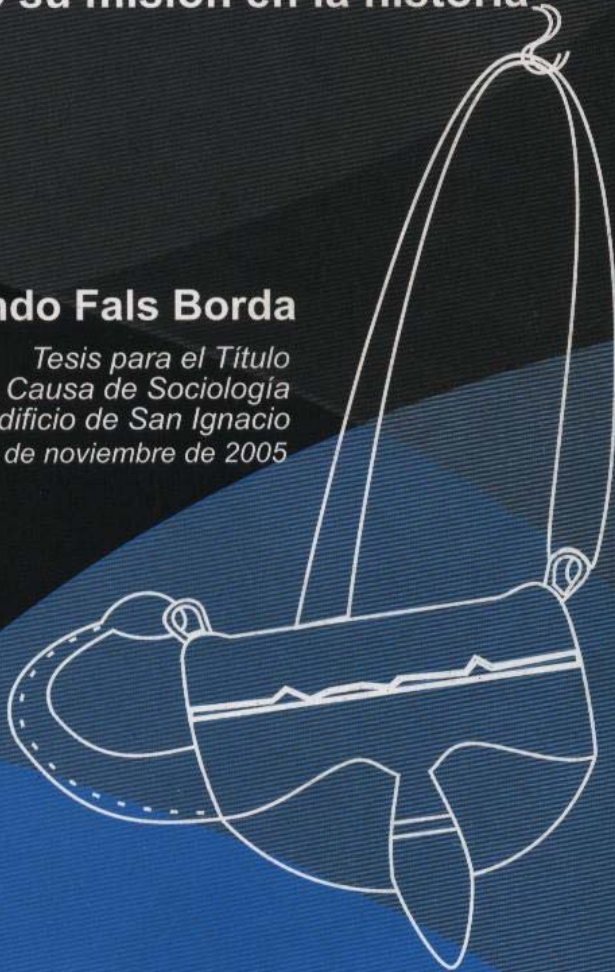
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
1803

ENTRE LOS PAISAS

Reconociendo su misión en la historia

Orlando Fals Borda

*Tesis para el Título
Honoris Causa de Sociología
Parainfo, Edificio de San Ignacio
Medellín, 11 de noviembre de 2005*





Tesis para el Título Honoris Causa, Paraninfo, Edificio de San Ignacio, Medellín, 11 de noviembre de 2005

ENTRE LOS PAISAS:

Reconociendo su misión en la historia

Orlando Fals Borda.

Abrumado y complacido como estoy por el galardón que me ha concedido la respetabilísima Universidad de Antioquia, no puedo dejar de reflexionar, como sociólogo, sobre el fabuloso universo dentro del cual ustedes —estudiantes, profesoras y miembros del Consejo de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, el Consejo Académico, el Consejo Superior, la Vice Rectoría y la Rectoría— me han colocado con tanta generosidad y confianza. Les estoy especialmente agradecido, porque ustedes lo han decidido a conciencia de mis heterodoxias y rebeldías. La Rectoría lo ha resumido muy bien en la tarjeta de invitación, a saber: “trabajos sobre historia y cultura regional, teoría y práctica social, investigación participativa y ordenamiento territorial”. Tareas en parte inconclusas, a decir verdad, aunque todavía de vibrante futuro; y que ahora, gracias a este gran acto académico, quedan de nuevo iluminadas ante toda la nación. ¡Qué bueno recibir semejante estímulo, quizás inusual, de índole política y académica a la vez! Pero es todavía mejor saber que sigue habiendo en Colombia instituciones serias, como las de estos claustros de doscientos años, semilleros de inteligencia y rectitud que envidiarían Bologna y Salamanca.

Apreciado señor Rector y estimados colegas: mi esposa María Cristina y yo, junto con nuestras dos familias (la una costeña y la otra cachaca, bien unidas) os llevaremos siempre en nuestros corazones. Ahora quiero

estar a la altura de la confianza que se me ha brindado, no sólo aceptando tan singular honor, sino también ofreciendo de mis recuerdos, lecturas y experiencias. Mucho agradezco también a los tres pares académicos —Edgar Rey Sinning, Alfredo Molano y Gabriel Restrepo— que rindieron concepto sobre este doctorado; de la misma manera aprecio a los educadores de las otras universidades y colegios de Medellín, dirigentes y activistas de organismos de trabajo social y político, y coterráneos de la Costa Atlántica y de otras partes, por venir a acompañarme en este día inolvidable. Para todos va el toque amigo del Zenú y las albricias de la Santa Tabla de los pescadores del río San Jorge.

Para elaborar formalmente mis pensamientos en esta feliz ocasión, voy a partir de una pregunta frecuente entre historiadores: ¿cómo fue que Antioquia y el abúlico pueblo antioqueño observado por el visitador Mon y Velarde en 1790, se convirtieron en el poderoso y recursivo emporio capaz de movilizar y a veces hasta saturar el conjunto de la nación colombiana? No se preocupen: no voy a repetir conocidas y autorizadas respuestas. Intentaré buscar algunas alternativas siguiendo pautas reinterpretativas de historia y sociedad según la fenomenología de H.G. Gadamer, en función del papel que juegan personajes emblemáticos en etapas cruciales del pasado y del presente.

Por eso, el trabajo que traigo se divide entre una visión histórica inicial, y una consideración praxiológica sobre la actualidad, como he hecho en algunas de mis obras. Con ello aspiro a que podamos recuperar algunos de nuestros mitos fundantes y valores sociales originarios que hicieron grande a Antioquia y también a Colombia, valores cuya vigencia puede estar golpeada, pero que aún viven en la mente y en el corazón de muchos, a la espera de desarrollos de fondo.

—I—

Mi primer descubrimiento.

Mi primer descubrimiento de Antioquia en sus fuentes ocurrió durante los años universitarios. Los profesores latinoamericanistas de la Universidad de Florida —entre los mejores de Estados Unidos— me enseñaron allí, con sus estudios, que en todo nuestro subcontinente no ha habido sino un solo caso de cambios estructurales profundos en la sociedad, con el surgimiento endógeno de una clase media rural identificable. Sostuvieron que este inusitado desarrollo estructural desde abajo, sin necesidad de apoyos ni préstamos externos, había ocurrido en el sur de la región antioqueña de Colombia, a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Ya empezaban a conocerse los estudios de geógrafos maestros, como James Parsons sobre la “colonización paisa”, proceso que desde el ocaso de la época colonial había tomado impulso con la fusión de las tres provincias de la vieja Gobernación, para conformar el nuevo Estado Soberano de Antioquia. Gracias a Parsons y a los estudiosos que le siguieron, como Everett Hagen y Alvaro López Toro, hasta llegar a los activos grupos del Instituto de Estudios Regionales y otros importantes centros de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de esta Universidad, también supimos que aquella eclosión humana se debió a una afortunada combinación de factores, entre los cuales se destacaron la introducción, producción y exportación del café y la creación de un mercado interno de alguna extensión. Factores que abrieron las puertas a una incipiente industrialización y al mejoramiento sustancial del nivel de vida de la población. Todo esto se alcanzó en paz y evolutivamente, aunque a veces interferido por períodos de guerra civil.

Lo más impresionante del caso antioqueño que descubrí en Florida, fue su circunscripción, porque apareció como un islote de progreso y tranquilidad sitiado por sus cuatro costados por los otros Estados Soberanos (Bolívar, Santander, Tolima y Cauca) donde seguían sin cambio alguno los latifundios y terratenientes tradicionales, la atrasada nobleza señorial y los caudillos militares. Los ejércitos de esos enemigos, mal denominados liberales, habían estado a punto de invadir a Antioquia con el fin de destruir el núcleo de aquellos montañeses garladores a quienes veían como “conservadores”. En esto creo que se equivocaron, como trato de explicar enseguida con base en algunas fuentes históricas primarias.

Un marco postmoderno:

la teoría de los pueblos originarios en Antioquia.

Es probable que la designación partidista pudiera haber sido la contraria: que Antioquia fuera el Estado liberal, y los otros los conservadores. Aquel período del medio siglo XIX y las décadas siguientes, como se recordará, se caracterizaron por la versatilidad política y la indefinición ideológica. Los dos partidos principales se habían bautizado con los mismos adjetivos por turnos confusos, y muchos dirigentes cambiaban sus lealtades con libertad y sin sonrojarse. Así lo hicieron prohombres como José María Samper y Jorge Isaccs, entre muchos otros. La confusión creció cuando, a raíz de la Revolución Francesa de 1848, se importó al país la nueva noción del socialismo utópico que, con adjetivos diversos y persecuciones babélicas, ha persistido hasta hoy. También a sus adherentes se les empezó a llamar “los rojos”.

Releyendo documentos con la hermenéutica de Gadamer, ahora tengo la impresión de que aquella Antioquia renaciente parecía tener naturales simpatías por los “rojos utópicos” y por los humildes sin tierra de la región. Sabemos, en principio que, históricamente, éstos grupos rústicos de Antioquia incluían aquellos habitantes que laboraban en montes, valles y ríos, grupos humanos marginales numerosos que durante la Colonia y la Primera República fueron explotados y oprimidos en distintas formas. Ellos eran, en primer lugar y como los más antiguos, los indígenas en sus pequeños resguardos (como los pantágoras, supías, ituangos, peques, guamocóes, tahamíes, etc.) para quienes los valores sociales dominantes eran —y siguen siendo— los de la solidaridad humana y el respeto ambiental, la cooperación y el brazo prestado. En segundo lugar, están los negros independientes, libres o en sus palenques (como en Buriticá, San Andrés, San Pedro, Guarne, etc.) cuyos valores bullían con el sentimiento de la libertad. En tercer lugar, estaban los campesinos españoles pobres que habían traído consigo los valores de la dignidad política y personal, además de su antigua tradición antiseñorial, como fundadores de esos bellos pueblos andaluces de plaza central, con sus cabildos de vecinos comuneros (como los de Concepción, Amalfi, Fredonia, Cocorná, Jardín, San Carlos y tantos otros) enemigos del “mal gobierno” como cuando sus hermanos estallaron en El Socorro, Santander.

A estas expresiones de solidaridad, libertad y dignidad de base popular se añadió más tarde un cuarto valor social: el de la autonomía, proveniente de la inmensa tropa de colonos de la frontera agrícola. Estos valores sociales, que en realidad son de naturaleza humanista y de aceptación casi universal, son los que teóricamente crean los fundamentos ideológicos de lo que se ha identificado, desde los días de Mariátegui y Arguedas en el Perú, como “socialismo raizal o autóctono”, distinto del socialismo real que vimos actuar, con desvarío, en las heladas tundras de Europa.

Como estos grupos originarios eran humildes y vivían de la agricultura, la selva y los ríos, del mazamorreo del oro, y de la artesanía, buscaron siempre recovecos baldíos o escondidos, lejos del paso de los ejércitos partidistas reclutadores, donde lograron vivir en sosiego, sin autoridades formales (tenían las naturales). Con amor, respeto y mutua ayuda generosa, mezclaron sus sangres para concebir la formidable realidad triétnica y tropical de la raza cósmica de Vasconcelos. Lograron así, cada cual en su región o subregión, elaborar culturas propias, que ahora son de todos los colombianos y colombianas. Ya está más claro que estos campesinos, indígenas, negros y colonos unidos estaban construyendo,

o habían construido ya desde tiempos precolombinos, un ethos de no violencia como el que habría de distinguir al bloque antioqueño de sus belicosos y señoriales vecinos.

Por ello dentro del marco teórico aquí propuesto, cabe sostener que el ethos no violento y popular de los grupos cósmicos y tropicales fundantes de Antioquia, fue naturalmente receptivo del socialismo utópico y humanista, aunque sus portadores nunca hubieran sabido de Fourier o de Saint-Simon. Eran ideas de acción trasladadas desde Cartagena por los artesanos negros seguidores de Juan José Nieto, o desde Bogotá por los artesanos mestizos de las Sociedades Democráticas del "Alacrán" Joaquín Pablo Posada y Lorenzo María Lleras, que apoyaron el golpe de José María Melo en 1854. Los "rojos", también ahora llamados "radicales", surgieron en las tres provincias paisas: se sabe de intelectuales de esta estirpe crítica en Medellín, como Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) y Camilo Antonio Echeverri. En los pueblos del común aparecieron dirigentes populares "melistas" como el que identificó en Supia don Benigno Gutiérrez (autor de valiosas Monografías regionales y municipales, e hijo del poeta Gutiérrez González) con el nombre de Laureano Urrego. Esta parece ser la punta de un iceberg socialista o para-socialista de más amplia distribución en las provincias paisas: faltan los estudios sociohistóricos regionales que nos ilustren sobre esta hipótesis.

Recordemos que el golpe de Melo no duró sino ocho meses, pero las semillas del cambio social revolucionario quedaron plantadas en varias partes del país, entre ellas Antioquia. Aquí los seguidores asumieron diferentes nombres, y lograron llevar a la presidencia al dirigente liberal don Pascual Bravo, cuando Mosquera y Nieto expulsaron del poder en 1861 a Mariano Ospina Rodríguez. Sabemos que un golpe contra Bravo, que debía por eso denominarse "conservador", llevó entonces al poder en Antioquia a quien sería su líder histórico por excelencia: el doctor Pedro Justo Berrío, comandante del solitario fortín antioqueño ante la ofensiva radical que le venía desde los cuatro puntos cardinales.

Deseo explicar enseguida por qué abrigo dudas sobre el conservatismo rancio y "godo" de este fortín. Mis dudas se fundamentan en los componentes humanistas de base de los habitantes, esto es, en los valores fundantes del pro-socialismo raizal que provenían de la etapa formativa originaria, como lo he explicado. A estos grupos se sumaron los colonos internos, que fueron llenando los intersticios entre las provincias, pronto desbordándolas hacia el norte, el sur y el occidente, desde Sonsón hasta Manizales, portando como bandera la autonomía administrativa y política, otro de los valores originarios. Todos

conocemos la saga de la colonización: cuando aquellos grupos humildes lograron derrotar a punta de hacha y bordón a las concesiones y a los latifundistas que hallaron a su paso, se instalaron en 53 nuevos pueblos y fomentaron el comercio, con la adición del cafeto. Quedaron así conformadas en Antioquia las bases de la única sociedad endógena de clase media rural de América Latina no individualista ni capitalista salvaje, con propiedades pequeñas y medianas, pero productivas, que lograron el reconocimiento de los grandes académicos de Florida.

El baluarte autónomo del doctor Berrío.

Por los indicios que vengo presentando, me atrevo a pensar también que Pedro Justo Berrío, como otros dirigentes versátiles de la época, pudo haberse bautizado como socialista en vez de conservador. Percibo que no lo hizo, por la feroz satanización de aquel término llevada a cabo por clérigos, aristócratas y terratenientes asustados. Quizás el dirigente se habría sentido más cómodo si se hubiera afiliado a la peculiar escuela del "socialismo católico" de Manuel María Madieto (1860) que por un tiempo suscitó gran interés nacional en aquellos días.

Y en efecto, ¿quién en verdad salvó a Berrío y a su baluarte igualitario de la inminente aniquilación de 1864? Ustedes bien lo saben: lo salvó el nuevo presidente socialista y radical Manuel Murillo Toro, quien acordó formalmente, en ese año, el cese de hostilidades y ordenó el desarme de los ejércitos hostiles a Antioquia. Murillo Toro ya era conocido de autos, y como director del partido liberal fue quien ordenó la incorporación de los socialistas como tendencia dentro del partido, principio que todavía funciona para cooptar opositores. El doctor Berrío (siempre se opuso a que le dijeran Coronel) estaba ya poniendo en práctica sus consignas maestras: "Paz, orden y progreso", consignas inspiradas en el positivismo Comteano (como ocurrió en el Brasil) que prohijó al socialismo europeo y al anarquismo de Proudhon. Sus consignas no fueron sólo las de "autoridad y orden" como se ha hecho ver en textos de historia oficial.

Por estas razones, intuyo que Berrío tuvo y respetó los valores socialistas originarios o raizales de los pueblos cósmicos de Antioquia. Merece ser estudiado según marcos postmodernos, y colocarlo de nuevo en el contexto económico y social de su época, tarea interesante que desgraciadamente ya no podré adelantar, ojalá ustedes quieran abocarla. Sabemos, por supuesto, que Berrío fue un típico paisa en su patriarcalismo y devoción por el trabajo y el deber, pero que no llegó a ser hirsuto. Fue un ardiente burócrata que redactaba sus propios decretos y viajaba con frecuencia de una provincia a otra para vigilar la marcha de la administración. De origen modesto, no se enriqueció en el

poder y murió tan pobre que sus hijos quedaron como entenados de otra familia. En sus nueve años de mando, fomentó las artes y la educación, pero no fue un déspota ilustrado: reinició en el antiguo Convento de San Francisco en 1864, como Colegio del Estado, la Universidad de Antioquia y fue su Rector en 1873. Hasta él hago llegar mi admirativo homenaje. Defendió la paz a todo trance, y nunca dejó que los ejércitos vecinos traspasaran las fronteras de su Estado, sabia decisión identificatoria que hoy permite concebir a Antioquia como Región Plena en el reordenamiento territorial pendiente desde 1991. Hubo prosperidad en la región, y así fraguó el "milagro paisa" en su primera expresión.

Claro que tuvo sus seguidores obsecuentes y áulicos que, al ir terminando su período de gobernante, propusieron reformar la Constitución del Estado para permitir la reelección de Berrío como presidente por otro período. ¿Suena familiar? Pero cuán diferente en aquel entonces. Ironías de la historia: según su más cercano vecino y biógrafo Benigno Gutiérrez, cuando Berrío supo de tal lambonería, gritó furibundo: " Sepan que yo no soy irremplazable!" Ordenó que se archivara el proyecto en la Asamblea, e indujo a su autor a que se fuera de Medellín. La ética todavía primaba en la práctica política.

—II—

Cambios de rumbo.

Voy a completar ahora mi exposición con la parte praxiológica que, sin olvidar el pasado, nos ayude a examinar con serenidad algunos de los problemas actuales que nos afectan como universitarios e intelectuales preocupados por la suerte del país.

Para comenzar, y sin ánimo de polemizar, les confieso que la diferente visión que derivé de mis lecturas sobre Pedro Justo Berrío me llevaron inevitablemente a reflexionar sobre ciertos aspectos de la conducta de los políticos colombianos a partir del siglo XX, y a apelar a la regla kantiana del "imperativo categórico". Por ejemplo, el que a un dirigente eficaz se le considere irremplazable, o que él mismo llegue a creerlo, no es raro en la historia de la humanidad, y en Colombia ello ha ocurrido en diversas ocasiones. Los casos más recientes y notorios son los de los presidentes boyacenses Rafael Reyes (1909) y Gustavo Rojas Pinilla (1957). Ambos fueron legal y formalmente reelegidos en Asambleas Constituyentes; pero ello fue porque los mandatarios "metieron el dedo" en las reglas del juego político vigente, para cambiarlas en su propio beneficio y seguir gobernando. Se sentían muy apoyados por el pueblo, basados en importantes logros. Sin embargo, dichas maniobras no

podieron ocultar una falla moral de origen: la interferencia interesada de los mandatarios. Los universitarios de entonces fueron los primeros en advertir esa falla e insistieron, con reconocidos filósofos y tratadistas, en que hay diferencias importantes entre lo que es legal y lo que es legítimo, y que la gobernabilidad depende más de lo legítimo que de lo puramente legal. Aquellos dos mandatarios fueron criticados en la plaza pública, y las protestas se dieron con inmenso apoyo popular, a tal punto que tanto Reyes como Rojas tuvieron que renunciar y salir del país.

Deduje, pues, que el olvidar la lección de Berrío y la mala suerte de Reyes y Rojas debe ser motivo de preocupación tanto entre los gobernantes como en los gobernados. Ello porque decisiones del tipo descrito pueden llevar implícita la falla moral de origen que afecte la universalidad de las leyes y las reglas de la equidad, debido al pecado de la libido imperandi o ansias de poder, que según San Agustín es la antesala de la tiranía. Todo ello lleva a cuestionar los fundamentos éticos de la conducta de los políticos actuales, que ni la presente estructura de valores del pueblo paisa ni la del pueblo colombiano parecen anticipar suficientemente. Ello invita a corregirlo.

Tendremos entonces que concluir que algo extrañamente exógeno y grave desde el punto de vista de la moral pública ha estado pasando con aquella Antioquia dura, calvinista y de vanguardia, defensora de derechos de la clase media y popular. El empuje de sus líderes sigue vibrante, pero tomando direcciones muchas veces obtusas o adoptando metas grises teñidas de intereses no muy santos.

No es ésta la ocasión de sustentar tan delicado juicio. Retribuyendo con el respeto y cariño que ustedes siempre me han dado, me siento compelido a hacer la siguiente advertencia que retomo de nuestra terrible historia: cuidado con la ominosa carga potencial de ilegitimidad manipulada que un segundo mandato presidencial siempre ha llevado entre nosotros, como lo han sostenido ya algunos periodistas importantes. Quizás estemos abocados a un mal menor que ojalá no lleve a repetir lo ocurrido antes a los presidentes depuestos en 1909 y en 1957. Pero de todos modos podemos acordar, sin mucha controversia, que Antioquia fue motor visible y aceptable de todo el país durante la primera mitad del siglo XX, lo que quedó demostrado en la elección a plenitud de cinco paisas como presidentes de la República, tan extraordinarios como el actual, en un record que sólo había alcanzado el Cauca en el siglo XIX.

Sin embargo, algo como un desplome colectivo empezó a sentirse en la Montaña con la Violencia de los años 50, fenómeno que se extendió al

resto del país. Todos lo hemos sufrido. Un viento malsano salió entonces de todos los palacios, y el veneno cayó sobre el campo y empeoró la iniquidad y la pobreza; pero por su propio impulso aquella maléfica consigna de "a sangre y fuego" se devolvió a las cúpulas y allí quedó activada, pervirtiendo ahora a toda la niñez y la juventud contemporáneas que, según las reglas de Ortega y Gasset, pertenecen ya a la tercera Generación de la Violencia. ¡Qué horrible designio! En esta forma, nuestra "horrible noche" no va cesando. Sólo Afganistán, SriLanka y Liberia nos ganan. Eso es jugar irresponsablemente con el destino de nuestra nación. Hasta en Antioquia la paz, la moral, la justicia y el progreso económico equilibrado, que habían sido destellos de marca en la república de Berrío, han pasado a segundo plano. Y con algunos gobernadores al mando, Antioquia desplazó al Tolima como la región de más alta incidencia de confrontaciones armadas y crímenes, y se convirtió en lo que nunca antes había sido: en un ensangrentado campo de Agramante.

En efecto, al ir madurándose en el poder, los sucesivos dirigentes dieron muestras de extremismo: la tanatomanía se puso de moda con órdenes de muerte a gente inocente y delincuentes por igual, se repitió la consigna de no dejar ni la semilla de oponentes y de sacar a enemigos políticos de sus veredas para ocuparlas. Hasta curas paisas, como los del interesante movimiento de Golconda, fueron perseguidos y algunos muertos. Con el MAS y la Mano Negra, entre otros infernales inventos, se asesinó a defensores de derechos humanos en las calles de Medellín, y en las veredas de Antioquia la autodefensa armada se disimuló como cooperativas de celadores y delatores, más tarde con soldados campesinos. La mafia del narcotráfico hizo sus primeras letales apariciones.

Ocurrieron entonces en Antioquia, con impacto severo en otras partes, dos espeluznantes fenómenos: uno político y el otro simbólico. El político fue el rápido crecimiento de las fuerzas paramilitares desde pequeñas células Convivires hasta volverse un King Kong que ya el Estado no pudo controlar: los gobernantes se habían convertido en nerviosos aprendices de brujo. El hecho simbólico fue la conversión del hacha colonizadora en motosierra asesina. El imperio de la muerte se extendió como neblina tenebrosa desde la gaitera Ovejas en el norte hasta el sumiso pueblo de Trujillo en el sur. Lamentable tarea que ha incluido la sed de venganza, la codicia acumulativa y corruptora, la delincuencia organizada, el belicismo como forma de poder y de movilidad socioeconómica, y la manipulación mediática, engañosa y semi-religiosa, con la astucia y la impostura como reglas de conducta.

Nada de lo que acabo de describir parece paisa. Y continúa vivo con todos sus deletéreos efectos en nuestra sociedad.

Creo que los antioqueños y los grupos de otras partes tocados por la guerra interna y la descomposición social tendremos que exorcizar, tarde o temprano, los demonios de estas tendencias suicidas. Es urgente que este cambio de rumbo y de dirigentes ocurra en el momento actual, que es crucial en muchos sentidos, porque se juega el futuro de toda la República. Hay peligros de retrocesos antidemocráticos y golpes contra el Estado de Derecho, que otra vez se originan en los palacios del gobierno, así como se adelantan juegos de un poder bastardo que tienden a perpetuar la maldición de la Violencia.

Papel reconstructor del socialismo raizal antioqueño

En este contexto problemático y criminal del eterno retorno al pasado tanatómico, vuelve a aparecer el ideal del socialismo con mayor perfil que el que tuvo durante el siglo XIX. Todavía busca enraizarse en los valores fundantes de los pueblos originarios aquí descritos, no con el fin de volver atrás en la historia, sino para proyectarlos hacia el presente y el futuro, reconociéndoles su vitalidad humana permanente. Es por lo tanto un socialismo más propio y maduro que algunos observadores y políticos ya han llamado como “del siglo XXI”. Resulta uno diferente del europeo que hemos conocido, que proviene de otro contexto cultural e histórico, aunque de allí asimile elementos convergentes. Se añaden entonces clases sociales emergentes en sectores urbanos e industriales del capitalismo naciente.

Gerardo Molina, el gran político y educador de Gómez Plata que fue mi respetado mentor y guía, lo vio claramente al expresar, en su penúltimo libro, que “el socialismo democrático es necesario y conveniente, porque no se vislumbra otra salida racional en el presente cruce de caminos. El socialismo, a pesar de todo, es posible. Basta que las mayorías lo quieran. El deber de los intelectuales es inducirlos a que lo intenten”.

Antioquia lo ha intentado. A partir del siglo XX surge en la Montaña una pléyade de figuras pioneras en la búsqueda de nuevas y mejores formas de gobernar y hacer política respetando la moral pública, con el socialismo raizal y humanista como opción política. Recordemos rápidamente por lo menos a Rafael Uribe Uribe, María Cano, Baldomero Sanín Cano, María Eastman, Luis Tejada, Blanca Ochoa y Gerardo Molina. Eran socialistas paisas de la mayor dimensión que concibieron una Colombia unida paradójicamente por la diversidad de sus regiones, como es nuestra realidad dinámica y contando con Antioquia. En este grupo de maravilla coloquemos también, entre muchos, a Pedro Nel

Gómez, Manuel Mejía Vallejo y Déborah Arango, libertarios y rebeldes que busearon con sus grandes talentos en el país que nos merecemos. Los habitantes de las otras regiones colombianas les debemos mucho a estos visionarios críticos, y ese legado profundo pertenece a toda la democracia colombiana.

Hoy surge otro líder nacional desde Sopetrán, el profesor, magistrado y senador Carlos Gaviria Díaz, oteando nuevos horizontes en la estratégica tarea de unir a las izquierdas democráticas. Nos referimos ante todo a las fuerzas populares decididas a continuar la lucha honorable por una sociedad superior, aquella lucha iniciada por nuestros mayores recordados hoy, que prefirieron sacrificarse por la utopía antes que ceder a la cooptación por el poder corrupto. Las esperanzas siguen vivas con el Senador Gaviria, impecable candidato presidencial para demostrar que esas fuerzas nuevas sí pueden (podemos) gobernar mejor a Colombia.

Termino, pues, invitando en especial a los intelectuales, universitarios y jóvenes de Antioquia para que, atendiendo al Maestro Molina, reasuman la histórica y pacífica misión del pueblo paisa como constructores y hacedores de naciones. Cansados seguramente de nuestra sempiterna guerra interna que vuelve a sus andanzas en otras quizás más pérfidas formas, parece que no queda otro camino que tratar de reconstruir en serio la nación de naciones originarias que son como las raíces vivas del árbol colombiano, y hacerlo buscando una paz que no sea la del cementerio, ni la paz de los puentes ni la Pax Americana. Antioquia puede ser de nuevo motor de estos cambios saludables y razonables para defender entre nosotros la civilidad, la dignidad, la democracia y la naturaleza tropical en su propio territorio y en las demás regiones colombianas donde se ha visto directa o indirectamente involucrada. Por ejemplo, como en mí azotada tierra sinuana y sabanera, donde hay fuerte influencia paisa en la cultura y en la tenencia de la tierra. Supongo que no será una continuación del viejo expansionismo paisa, como se ha visto a veces con espanto, porque el contexto actual, distinto del anterior, es autonomista y unitario según los mandatos de la Constitución Nacional, con respeto a la diversidad cultural regional, y buscando tejer estructuras para una sociedad justa.

Es obvio que, para llegar a un Estado Regional Unitario funcional en Colombia, habría que actuar con más altruismo y con sentido ético de servicio público. Con el mismo viejo empeño del Berrío positivo, pacífico y transparente sin tapujos que recordamos hoy, pero ahora rejuvenecido de verdad, sin caer en el facilismo de adscribir el vetusto carisma caudillesco o mesiánico a ningún dirigente contemporáneo.

Porque ese resabio atrasado resulta ineficaz e incoherente para resolver los problemas estructurales del postcapitalismo que nos agobia. Así se podría corregir lo que se ha hecho mal en cada región y por generaciones anteriores y presentes.

No abrigo dudas sobre las respetables reservas personales e institucionales que Antioquia todavía tiene para esta labor reconstructora nacional y unitaria, ojalá con el socialismo humanista y raizal como pegante ideológico, empezando por esta ilustre institución con todos sus estamentos, porque es la "Universidad digna de 200 años"; con la Iglesia tolerante y de los pobres y sus heroicas servidoras y servidores; con los empresarios visionarios que han empezado a humanizar el capital más allá de la beneficencia ostentosa; y con los intelectuales y excelsos patriarcas que no han creído en los espejismos de la modernidad materialista con que nos compran y nos venden.

Humanicemos, pues, otra vez nuestras relaciones y combinemos mejor la teoría y la práctica, el estudio-investigación con la acción política sana. Porque como vamos, vamos mal. Para mí, lo más decepcionante sería ver que a la cabeza de la estampida descompuesta e inhumana de estos años fatales, estén todavía los mismos paisas inteligentes y creadores, pero ya olvidadizos de su estirpe, ya sepultureros de su magnífica historia, ahora vendedores mefistofélicos del alma colectiva. Necesitamos otro tipo de dirigentes a todo nivel, con suficiente ecuanimidad, serenidad y estudio, que tengan corazón grande y lo demuestren sin engaños ni ambages. Porque, ¿qué se puede pensar de un gobierno que ame más a los banqueros que a los desventurados jubilados de las universidades públicas?

Este es, pues, el momento del sentimiento honrado, como era en la época de los poetas y cuenteros de la arriería. Tenemos derecho a vivir felices y a campo -abierto. no atrapados por los miedos y las verjas de la "inseguridad no democrática". Por eso, necesitamos al timón del gobierno a verdaderos hombres de Estado que sepan guiar con la sabiduría ancestral, que sepan apelar a nuestras deidades tutelares, y que nos calmen y alivien con la respetable aureola de las canas.

En esta forma se pone a prueba la resistencia cultural y el temple moral del pueblo paisa. En tan ponderosa tarea, desde la hermana Región Caribe que represento, les deseo a todos ustedes, queridos colegas, amigos y amigas de la Montaña y de la centenaria Universidad de Antioquia que me ha honrado tanto, les deseo buen viento y buena mar.

Bogotá, noviembre 3 de 2005.



Orlando Fals Borda

Nació en Barranquilla en 1925. Doctor en Sociología de la Universidad de Florida, fundador del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor Honoris Causa de la Universidad Central de Venezuela y la Universidad Pedagógica y Tecnológica

Nacional, es autor de numerosas obras sobre historia y cultura regionales, teoría y práctica social, investigación participativa y ordenamiento territorial, traducidas a varios idiomas.

Se desempeñó como profesor especial del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Por su destacadísima labor académica y política ha recibido, además de la Gran Cruz de Boyacá, los premios Guggenheim (Estados Unidos), Kreisky (Austria) y Hoffman (Naciones Unidas) y durante toda su vida ha sido un incansable impulsor de movimientos y reformas populares. Delegatario de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.